

inteligentes de la mujer! «Se ha hecho una vestidura magnífica, la púrpura, los más bellos tejidos han salido de sus manos.» Nada he encontrado en este elogio para la mujer artista, para la mujer música, para la mujer que escribe, que hace novelas, que se mete á literatura; no es por este medio por el que ella ejerce un imperio en la sociedad ni por el que ella es útil, sinó por su trabajo, sus labores, sus desvelos por los pobres.

Escándalo de pereza, de dispacion y ligereza, de tibieza y ausencia de fervor, de ausencia de piedad: ahora añadamos escándalo de orgullo y de vanidad: ¡Cuál ha sido la mision de Jesucristo, cuál ha sido el fruto de su mision? Nuestro divino Maestro vino á traernos la grande y reparadora ley de humildad, vino á combatir el orgullo y todos los males que le son consiguientes. Toda la vida de Jesucristo, del Hombre-Dios, no es más que un largo acto de humildad. Desde su nacimiento hasta exhalar su último suspiro, no ha cesado de decirnos: «Aprended de mí, que soy dulce y humilde;» y del fondo del tabernáculo sagrado, oculto bajo las especies de pan, todavía nos dice: «¡Aprended de mí, que soy dulce y humilde!» ¡Cuánto trabajo cuesta á nuestras almas aprender esta enseñanza! ¡Cuántas mujeres hay, que no pueden dormir pensando en que tienen hermosos cabellos, dientes blancos como la nieve, una mano bien torneada! ¡Cuán miserables somos!

Veis, señoras mías, cuán larga es ya esta enumeracion de escándalos: escándalo de orgullo, de vanidad, de pereza, de ociosidad, de dispacion, de tibieza, de ausencia de fervor y de piedad. Escándalo de cólera y de ira. La humildad es hermana de la dulzura y de la paciencia: tales son las dos grandes fuentes donde deben beber la mujer joven, la madre y la esposa. Una mujer humilde y dulce estará rodeada de autoridad, será siempre feliz y siempre triunfará de todos los obstáculos que se le presenten. ¡Cuántas mujeres hay que, dejándose arrastrar de la ira, demuestran que en ellas no está el espíritu de Jesucristo! ¡Cuántas y cuántas hay cuya casa es el teatro de sus cóleras, de sus impaciencias! Fatigan á todos los que las rodean; sus palabras son bruscas, son despóticas, imperiosas. ¡Ah! os suplico que ejerciteis y pidáis á vuestro Señor los frutos del Espíritu Santo; pedidle la longanimitad; una alma grande posee un tesoro de riquezas, y nada hay que pueda agotar este tesoro.

Escándalo de lujo y de vanidad. Sobre esto tendria mucho que decir; en un punto que pediria ser tratado aparte. Las naciones que se han entregado al lujo han desaparecido. Señoras mías, es necesario la sobriedad en los adornos, segun su estado, segun su respectiva po-

sición. El lujo nos acarrea las revoluciones, los trastornos, las lógicas y todo lo que hoy día nos aflige.

Lo que es preciso evitar sobre todo, señoras mías, son los desórdenes, el escándalo, la vanidad, la indecencia en los adornos y en el gasto ordinario. Ved lo que excita la justicia de Dios. Se ha llegado, desde hace algunos años, en las grandes ciudades, á hacer gastos enormes y presentarse á lo salvaje semidesnudas: esto debería causar horror á las almas regeneradas en Jesucristo, crucificadas en la cruz de nuestro divino Salvador. O bien se llevan vestidos que presentan una mujer como una especie de estatua que acaba de concluir el cincel de un artista. Todo esto es de mal efecto, todo esto ofende al espíritu de Jesucristo. ¡Es el culto de la materia, es el culto de las formas, es el paganismo renaciente! ¡Cómo pues quereis encontrar todavía virtudes? Pronunciais, señoras mías, contra estos desórdenes: revelad vuestra dignidad, cubrios con el manto de la decencia y de la modestia. ¡Oh! entónces Dios os henderá. Pudiera deciros una palabra acerca de otros escándalos: escándalo de inmoralidad, de corrupcion; pero tales escándalos no os son imputables, y por lo mismo no quiero hablarlos de ellos. Veamos ahora cuáles son las funestas consecuencias de los escándalos cuyo instrumento son las mujeres. Esto será asunto de esta segunda reflexion.

2. ¡Habeis meditado alguna vez, señoras mías, aquella hermosa expresion de S. Pedro, en que dirigiéndose á los cristianos, dice: «Sois una nacion santa, *gens sancta*; una raza elegida, *genus electum*; un sacerdocio real, *regale sacerdotium* PÉTR. II, 9!» Y no hay que creer, señoras mías, que esta expresion sea efecto de la exageracion en boca del apóstol S. Pedro. Ved lo que en efecto habeis venido á ser en Jesucristo por vuestra regeneracion cristiana; sois una nacion santa, una raza de elegidos glorificados en Jesucristo: participais, en cierto modo, del sacerdocio de Jesucristo. ¡Cuál es pues la doble funcion del sacerdote? Ved aquí las palabras que el Obispo consagrador le dirige en el momento que unge su frente con la uncion del ministerio de Jesucristo: «Es necesario que un sacerdote ofrezca sacrificios y que predique.» Ofreer el santo sacrificio y predicar el Evangelio de Jesucristo es el gran ministerio del sacerdote. Pues bien, señoras mías, puesto que participais del sacerdocio de Jesucristo, nuestro divino Salvador, ¿de qué modo podeis ejercer este sacerdocio? Debeis á la sociedad el sacrificio de buenos ejemplos, el sacrificio de vuestra piedad, el sacrificio de la abnegacion y el espectáculo de vuestras virtudes, que es la más elocuente predicacion. Tal es la mision que tenéis que llenar.

Pero, ¿qué sucede cuando la mujer se convierte en instrumento de escándalo? Desciende de la altura de su vocación, ya no es el auxiliar de Dios; se convierte en instrumento de Satanás, en apóstol del demonio, en ministro de Luzbel. ¿Cuál es la misión del demonio después de sesenta siglos há? La de destruir la obra de Jesucristo. Desde que la sangre de Jesucristo ha caído sobre el mundo, ¿ved cuántas herejías, cuántos escándalos, cuántos esfuerzos por parte del infierno para precipitar á la Europa cristiana en la barbarie y en la inmoralidad! Por esta razón, cuando la mujer cristiana, regenerada en la gracia del Señor, se entrega al demonio, se convierte en instrumento del pecado, en auxiliar de Satanás en su obra infernal. Satanás no ejecuta su obra inmediatamente; se sirve de la mujer sensual. ¿Cuántas no han ensanchado su dominio! ¿Qué espantoso destino! ¿Podiais ser auxiliares de Dios, y os convertís en misioneras del demonio!

Ved lo que hace el escándalo: por el escándalo una mujer es culpable de una multitud de homicidios espirituales. ¿Cuántos desgraciados hay, que, por medio de miradas, de intrigas adúlteras, por medios infernales, se han extraviado, arrastrando víctimas por el camino del mal, lejos de Dios! ¿Cuántos han clavado el puñal asesino en el corazón de una esposa, á quien su marido había jurado al pie de los altares una fidelidad inviolable! No oyen entónces la voz de Dios, que les dice como á Cain: «Ésta sangre se levanta hácia mí.» Así pues, está patente que el escándalo en una mujer la hace culpable de una multitud de muertes espirituales. Poned la mano en vuestro pecho, y decís si con vuestras miradas, con vuestras actitudes no habeis encendido alguna pasión desgraciada en corazones que habeis sido tal vez las primeras en alejar de Dios, en extraviarlos de la senda de la salvación... Tened pues entendido, que os habeis hecho culpables de una muerte, *occidisti fratrem*; habeis asesinado á vuestro hermano.

Los escándalos de que son instrumento las mujeres, y esto es un hecho real, han sido la causa más profunda de los trastornos políticos de las sociedades: la historia está ahí para atestiguarlo. Ved esas antiguas ciudades de Tiro, de Sidon, de Babilonia, de Nínive, de Palmira, de Cartago, de Roma, todas corrompidas por los desórdenes y escándalos de las mujeres paganas. Todas las revoluciones modernas han sido acarreadas por la depravación y la corrupción de las mujeres. Examinad la historia: no acontece realizarse trastorno alguno en las sociedades políticas, mientras que la familia persevera intacta en sus costumbres, mientras que la mujer guarde su moralidad, y se mantenga profundamente cristiana. Pero, cuando la mujer que ha sido

regenerada en el cristianismo, cuando la madre de familia, cuando la esposa descende del rango de su destino y de su gloria; se hace pagana, y las costumbres se debilitan en el interior de la familia. ¿Cuántas familias no conocéis que carecen de costumbres domésticas?... La mujer de estos tiempos, la mujer que se hace pintora, cómica ó artista; la mujer que se constituye en periodista, que escribe novelas, la mujer que va á hacer papel en las antepasadas, en los sarao, esas mujeres incomprensibles, ¿qué hacen, Dios mío, en el seno de las familias? Si pudieseis representaros el espectáculo que se pasa en su interior, si pudieseis lanzar una mirada investigadora, profunda, en sus entrañas, si conocieseis su vida!... Pues bien; ¿cómo quereis que la sociedad política, que es imagen de la sociedad doméstica, no se conmueva ni se abisma, cuando la misma familia es la que socava sus cimientos? Cuando las costumbres son depravadas en la familia, hay lucha, agitaciones y convulsiones en la sociedad política. Ved por que estamos tocando á la barbarie.

Volved á Jesucristo, señoras mías. Vosotras podéis hacer mucho por la salud del mundo. Los escándalos de la mujer traen las revoluciones, y en ellos toman también su nacimiento los cismas. Todos los herejarcas han contado con la mujer para propagar sus errores; y cuando han conseguido apoderarse de ellas, las han hecho siempre los instrumentos, las misioneras de sus herejías, desde los gnósticos hasta los sansimonianos. Los escándalos de que es instrumento la mujer causan en el interior de la familia una especie de malestar comparable al pecado original. Sabeis los efectos funestos de esta falta antigua, que destruyó la felicidad de nuestros primeros padres, que se apoderó de la raza humana, que resonó como un golpe formidable y vino á herir hasta el último de los hijos de Adán. Arrastramos la cadena de nuestra depravación original. Cuando una madre es disipada, orgullosa, vana, perezosa, desidiosa, irascible, mundana, sensual, pagana, ¿iqué quereis que sea su hija? Y cuando ella dá estos ejemplos en el trascurso de un cuarto ó á veces de medio siglo, y cuando por estos ejemplos ha hecho semejante á su hija, entónces nace una nueva generación de hijos tan corrompidos como sus madres, y que, á su vez, perpetuarán los vicios que han recibido en su nacimiento, quizá hasta la consumación de los siglos! ¿Ved que efectos tan terribles son la consecuencia de semejantes escándalos!

Recordad, señoras mías, que cuando una mujer tenga en su corazón el santo don de la gracia, no se le podrá hablar, no se le podrá ver ni oír, sin reconocer que Jesucristo habita en ella. He visto libertinos que me decían, hablando de ciertas personas que habían reci-

bidó todos los dones de la naturaleza y de la gracia, que les sería imposible ingerir un malo y culpable pensamiento sobre aquella magnífica cabeza. Los libertinos pues, no se engañan: reconocen que el alma es el tabernáculo vivo de la pureza. Hay allí un cierto perfume de modestia, de santidad, que se evapora á su alrededor y la cubre. Pues bien, señoras mías; derramad á vuestro alrededor el perfume de todas las virtudes de nuestro divino Salvador. Decios: «Si tengo la desgracia de ser causa de tropiezo, de escándalo, de ocasion de ruina para mi hermano, yo repararé todas mis faltas.» Solamente entónces sereis dignas de llenar la mision que Jesucristo os ha confiado; recibireis vuestra recompensa en el seno de la Jerusalem celestial, y gozareis de la felicidad eterna.

MUJER ADÚLTERA.

VI.

Mulier... nemo te condemnabit?... Nec ego te condemnabo.

Mujer... ¿nadie te ha condenado? Pues tampoco yo te condenaré.

(JOAN. VIII. 40 ET 41.)

No hay atributo que se haga ver con más brillo y esplendor en las obras de Jesucristo, que la misericordia. Los símbolos misteriosos de la antigua ley, sus magnificas alegorías, sus predicciones sublimes, todo se encaminaba á alimentar las esperanzas del pecador, haciéndole vislumbrar por entre celajes y sombras misteriosas, aquel pacto de alianza perpetua con que Dios queria estrechar al linaje humano con los lazos de una misericordia sin limites. Hé aqui como se expresaba el Señor por su profeta Jeremias, hablando con su amado pueblo: «Alza tus ojos, oh pueblo mio, y mira si hay lugar donde no te hayas prostituido. Contaminaste la tierra con tus maldades. Esto no obstante vuélvele á mí, que yo te recibiré (JEREM. III. 4 ET SEQ.)» Con este lenguaje tan insinuante y cariñoso convidaba el Señor á su ingrato pueblo á implorar su misericordia, despues de tantos delitos con que le

había ofendido por espacio de muchos años; y como si estas palabras no fuesen suficientes para atraerle á sí, se dirige al profeta, y le dice: «Anda y repite estas palabras: Conviértete, rebelde Israel; que yo no forzaré mi rostro para no mirarte; pues yo soy santo y benigno, dice el Señor, y no conservaré siempre mi enojo. Reconoce empero tu infidelidad; pues has prevaricado contra el Señor Dios tuyo. Convertios á mí, hijos rebeldes, que yo os perdonaré vuestras apostasias (JEREM. III. 12 ET SEQ.)»

¡Qué dulces emociones experimenta el alma al leer estas bellas páginas, en donde marcada se halla la expresion viva de la bondad de Dios para con sus criaturas! Sube empero de punto nuestro gozo, cuando fijando la vista en el santo Evangelio, vemos reducidas á la práctica por el Redentor aquellas promesas que alimentaban las esperanzas del hombre en la ley antigua. Basta leer con reflexion el siguiente rasgo magnífico de la misericordia de nuestro amabilísimo Salvador: «Los escribas y fariseos trajeron á una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio, dijeron á Jesús: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés, en su ley, nos tiene mandado apedrear á las tales. Tú ¿qué dices á esto? Jesús, como desentendiéndose, inclinose hácia el suelo, y con el dedo escribía en la tierra. Mas, como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros se halla sin pecado, tire contra ella el primero la piedra. Oída tal respuesta, unos en pos de otros, fuéronse retirando hasta dejar solo el Salvador con la mujer, á la cual dijo: Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Entónces Jesús la dijo: Pues tampoco yo te condenaré. Anda y no peques más en adelante (JOAN. VIII. 5 ET SEQ.)» ¿Quién no ve en este rasgo de Jesucristo la expresion más viva de la divina misericordia? Hagamos sobre él algunas reflexiones, y no podremos menos de lanzarnos en los amorosos brazos de aquel que vino al mundo para salvarnos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En la misericordia que usa Jesucristo con la mujer adúltera en el templo, confirma solemnemente las disposiciones amorosas con que bajó del cielo, y nos da una prenda de la misericordia que habia de usar con la gentilidad en la Iglesia. Maestro, le dicen los escribas y fariseos al presentarle esta mujer culpable; Maestro, aquí tienes una eriatura infame; nosotros la hemos sorprendido ahora mismo en una diversion escandalosa; ella está convicta de infidelidad á su legítimo esposo. Moisés nos ha mandado en su ley, que una mujer culpable de

tal delito debe morir apedreada. Tu ¿qué dices á esto? ¡Oh, veneracion hipócrita! ¡Oh, traidor obsequio de ánimos malignos y perversos! Le preguntan como maestro para poderlo acusar como enemigo, y preparan asechanzas á su inocencia, mientras se muestran tan celosos por la justicia. Ellos sabian por experiencia que el Señor amaba igualmente la mansedumbre y la justicia; porque la mansedumbre sin la justicia es debilidad, y la justicia sin la mansedumbre es dureza y opresion; sabian que él, tan compasivo como celoso, se apiadaba de todas las miserias de los hombres y era rigoroso observador de las leyes de Dios; y por lo mismo, en esta insidiosa pregunta le tienden un lazo, del que, como ellos creian, no hubiera podido escapar Jesús sin desmentir una de estas dos virtudes, manifestándose ó injusto ó despiadado. Si Jesucristo, decian ellos entre sí, consiente en que la mujer culpable sea apedreada, contradice él mismo su fama de hombre indulgente y piadoso, por la que ha adquirido tanta popularidad y tanto crédito; si, por el contrario, se opone á este castigo, quebranta la justicia y nos dá motivo para acusarlo y condenarlo como prevaricador y enemigo de la ley de Dios. ¡Nécios! no recuerdan que no hay consejo que valga, no hay ciencia que sirva, ni fuerza que prevalezca contra el Señor, y que la astucia humana queda confundida ante la sabiduría divina. Esta sabiduría que habita en Jesucristo, sabrá encontrar en la respuesta el medio de usar de piedad sin violar la justicia.

Y ¿qué hizo el Señor? Al oír una pregunta tan maliciosa, calló; é inclinándose hácia el suelo, se puso á escribir con su dedo divino en la tierra. ¡Oh cuán sabia, cuán misteriosa y cuán divina es esta escritura de Jesús en el suelo! En primer lugar, como los judios habian citado á Jesucristo la ley dada por Dios á Moisés, y como de esta ley se dice en el *Evangelio*, que habia sido escrita por el mismo dedo de Dios en tablas de piedra, por esta razon Jesucristo, escribiendo con el dedo en las piedras del pavimento del templo, quiso manifestar que él mismo era el Dios que habia dado á Moisés la ley, escrita con su dedo sobre las piedras del Sinaí. Pero, si es cierto que el Señor escribió sobre las piedras, ¿por qué dice el evangelista que escribió sobre la tierra? Para comprender esto, recordemos que los nombres de los pecadores y de los réprobos se escriben en la tierra, y los de los elegidos en el cielo: *Recedentes á te in terra scribentur* (Heb. xvii). Escribiendo en la piedra, se anunció como autor de la ley y juez supremo de ella; y escribiendo en la tierra, nos manifestó que ejercia entonces su justicia contra los fariseos, que habian ido á provocarlo. Hermanos míos, ¿en cuál de estos dos catálogos estará escrito el nom-

bre de los que nos hallamos aquí reunidos? ¿nos hallaremos inscritos en la lista preciosa, á cuyo frente se halla el nombre de Jesucristo, que es la cabeza de los predestinados, ó lo estaremos en la lista funesta, á cuya cabeza se halla el nombre de Lucifer, la cabeza de los réprobos? ¡Oh amado Jesús! borrado por piedad nuestro nombre de la tierra, del catálogo funesto de los condenados al infierno, en el que nosotros mismos lo hemos escrito con nuestros pecados; y con una pluma mojada en vuestra preciosísima sangre, escribido en el libro de la vida, en la lista de los candidatos del cielo.

Pero, mientras que nosotros discurremos de este modo, los fariseos insisten en su pregunta, y piden con impaciencia que Jesucristo les dé la respuesta. El Señor, tomando la actitud de juez, y mostrándoles lo que habia escrito con voz grave y severa les dijo: Aquel de vosotros que se reconozca sin pecado, levante su brazo y tire la primera piedra á esta mujer. No dijo el Señor: «No quiero que sea apedreada esta mujer,» para no oponerse á las palabras de la ley; y mucho ménos dijo: «Sea apedreada;» porque no habia venido á perder, sino á salvar los pecadores arrepentidos; sino solo dijo: «El que sea inocente de entre vosotros, castigue á la culpable.» Con estas palabras quiso decir el Señor: «Que sea castigada la pecadora; pero no por vosotros, que sois más pecadores que ella. Cúmplase la ley; pero no por ministerio vuestro, que sois los más grandes prevaricadores de la ley.» A esta terrible propuesta del Hijo de Dios, echando ellos una mirada de vergüenza sobre sí mismos, se reconocieron culpables del mismo delito que querian castigar en la mujer; y vien'o, por otra parte, que Jesucristo los habia conocido mucho mejor que ellos mismos se conocian, supuesto que escribió en la tierra la torpe historia de sus razones, no se atrevieron á insistir en la condenacion de la mujer culpable, y quedaron atónitos y estupefactos. ¡Oh bello y magnifico triunfo del poder del Señor! Los fariseos fueron como acusadores, y se retiraron castigados como culpables; fueron para insultar á Jesucristo, y quedaron cubiertos de vergüenza en presencia del pueblo; fueron para castigarlo como reo, y se retiraron despues de haberlo experimentado como su juez, su Señor y su Dios. Pero, despues de haber escuchado la voz de la justicia de Jesucristo, oigamos ahora el lenguaje de su mansedumbre y de su bondad.

2. Observad el evangelista que, al retirarse los acusadores, quedó solo Jesús, y en su presencia la acusada, llena de confusion y de temor; es decir, quedaron frente á frente la pecadora y el Salvador, la enferma y el Médico celestial, la miseria del hombre y la misericordia de Dios. Pero ¿es posible, que el pecador se confunda por su pe-

cado en presencia de Jesucristo, y no reciba el perdón? ¿Es posible, que el alma enferma manifieste su enfermedad al Médico celestial, y no sea curada? ¿Es posible, que la miseria del hombre reclame la misericordia de Dios, y no la obtenga? No es posible, hermanos míos. Y esto es lo que ha querido decirnos el evangelista al añadir la circunstancia, insignificante á primera vista, pero misteriosa en sí, de que la mujer permaneció en el atrio en pie en presencia de Jesucristo. Con estas palabras no ha querido expresar S. Juan la posición corporal de la acusada, sino el estado de su alma. Quiso decirnos con las citadas palabras: Esta mujer, que ántes yacía en tierra como espiritualmente enferma y muerta en su pecado, ahora se ha puesto en pie repentinamente, y ha resucitado por su confesión y por su dolor. Pero, observemos que esta pecadora no se puso en pie espiritualmente, sino después que Jesucristo se inclinó hácia ella. La miserable no se vió libre, sino después que la misericordia divina se inclinó hasta la tierra. ¡Oh inclinación preciosa de Jesús! Apenas se inclinó él á la piedad y al perdón, cuando se levantó la pecadora á la gracia y á la virtud. Así es, que el hombre no se levanta si Jesús no se inclina; el hombre no sube, si Jesús no desciende; el hombre no vive, si Jesús no muere. Su enfermedad constituye nuestra fuerza, su humillación es nuestra gloria.

Hasta ahora hemos visto á Jesucristo presentarnos una magnífica muestra de su justicia y de su mansedumbre; mas ahora lo veremos hacer resplandecer su verdad en el mismo pasaje; porque con estas tres virtudes unidas cumplió él la obra admirable de nuestra salvación. Estaba la mujer pecadora, de quien hemos hablado, humillada y temblando en presencia de Jesús, esperando oírse condenar por él, que era el único puro, el único justo, el único sin pecado, y por lo mismo el que únicamente podía condenarla. Pero, sucedió todo lo contrario. Convirtiendo el Señor la actitud severa con que había condenado á los judíos en semblante de piedad y de dulzura para con ella, le dice: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te ha condenado ninguno de ellos?» Y la triste respondió: «Señor, ninguno.—Pues bien, prosiguió entónces Jesús, ni yo tampoco te condeno.» Pero ¿cómo es esto? Pues qué, ¿no es el adulterio el mayor de los atentados que pueden cometerse contra el honor de un esposo, contra la legitimidad de la prole y contra la paz de las familias? ¿No es este el delito que ataca á la propiedad más preciosa, que viola la fé más sagrada, que profana la santidad del tálamo nupcial, que rompe un vínculo que el mismo Dios ha consagrado, y que, confundiendo los cuerpos á la manera de los brutos, divide los corazones,

combate la honestidad, ó introduce en el santuario de la familia el homicidio, la discordia, la infamia y la infelicidad? ¿No es este, en fin, el pecado que la ley de Moisés quería que entre los hebreos se sepultase bajo una nube de piedras, con la cual condenaba á perecer el hombre ó la mujer que se hacía culpable de él? Y qué, el pecado mismo que el Dios de la ley quería castigar tan severamente, ¿es absuelto y dejado impune por el Dios del Evangelio? ¿Qué haceis, pues, qué habláis, Señor? ¿No es esto favorecer uno de los mayores pecados? De ninguna manera. El autor de la justicia, la fuente de la misericordia tributa homenaje á la ley de la verdad. En primer lugar, al decir el Señor á la acusada: «¿Dónde están los que te acusaban?» le inspiró un verdadero dolor de sus pecados, y al mismo tiempo la oración para implorar el perdón de ellos y la esperanza de obtenerlo. Al responder ella á Jesucristo: «Ninguno, Señor, me ha condenado;» fué lo mismo que decirle: «Por lo mismo suplico, espero y confío que vos tampoco me condenareis. El Hijo de Dios no será ménos piadoso que los hijos de los hombres. Si ellos han dejado de acusarme, vos también, Señor, por lo mismo que sois el Señor, os abstendréis de condenarme. Esta gracia os pido, y estoy cierta de que la obtendré de vuestra piedad.

El Señor ve la humildad con que esta pecadora reconoce y confiesa su pecado y la justicia con que sería condenada; ve el dolor con que detesta su culpa, la paciencia con que sufre el tormento de haber sido expuesta al ludibrio de todo un pueblo, el fervor con que ora, la confianza con que espera y el santo rubor de la penitencia con que se confunde; y en vista de un arrepentimiento tan sincero, de una esperanza tan firme y de una confesión tan contrita, le concede benignamente el perdón.

Pero escuchad lo que sigue en el mismo pasaje del Evangelio, y notad como en esta circunstancia confirma el Señor la verdad, no solo de sus promesas, sino también de sus amenazas. En efecto, al despedir á la culpable libre y absuelta, le dice: «Vete pues, pero ten cuidado de no volver á pecar.» De este modo el Señor absolvió á la pecadora arrepentida, pero condenó el pecado. No excusó el hecho, no dijo á quien lo había cometido: «Vete y vive como te parezca, segura siempre de mi indulgencia y de mi perdón.» Al perdonarle su anterior pecado, no le aseguró la impunidad del infierno por los pecados futuros. Todo lo contrario; diciéndole: «Ten cuidado de no volver al pecado,» fué lo mismo que decirle: «Segura de lo pasado, teme por lo futuro.» Al hablar así Jesucristo á esta mujer, descubre á todos el peligro que hay en volver al pecado, en habituarse y fami-

liarizarse con el pecado, en sumergirse y anegarse en el pecado; y mientras da un ejemplo de misericordia, á fin de que ninguno desespere, añade una advertencia severa, para que ninguno presuma. Escuchen esta gran lección aquellos que se complacen en considerar tan solo la grandeza de la divina misericordia, y teman la verdad de las divinas amenazas.

Temamos, pues, que una muerte próxima ó repentina pueda hacer imposible nuestra penitencia; y no tardemos en cumplir nuestros planes de conversión y de enmienda, tantas veces formados y jamás ejecutados. Dejemos de diferirla de día en día para un tiempo que no está en nuestro poder, á fin de no exponernos al furor divino, que cuando llegue la hora de la venganza se manifestará de pronto, y sorprenderá sin piedad alguna á todos los que han abusado de la divina misericordia. Hagamos pronto penitencia de nuestros pecados para merecer el perdón de ellos, y despues la felicidad eterna, que os deseo á todos.

DIVISIONES.

MUJER.—La desgracia de las mujeres consiste, en que son más fáciles de pervertir que los hombres.

La dicha de las mujeres consiste, en que son más fáciles de convertir que los hombres.

MUJER.—Las mujeres están siempre en peligro de perderse y de perder á los demás, cuando están ociosas.

Es difícil de seducir á las mujeres, cuando están atareadas por sus ocupaciones.

Es fácil que las mujeres se santifiquen, cuando viven retiradas.

MUJER CONVERTIDA.—Cuando cede á la gracia, sacrifica todas las luces de su entendimiento á la verdad que la ha iluminado.

Sacrifica todos los afectos de su corazón al amor de Dios que la ha perdonado.

Sacrifica todas las fuerzas de su cuerpo á la justicia de aquel que la ha preservado de los terribles resultados del último juicio.

MUJER CONVERTIDA.—Satisface á Dios por sus delicadezas, uniendo á la austeridad de su vida el deseo de sufrir el martirio.

Satisface á Dios por sus vanidades, uniendo á la humillación de su estado la historia de todas sus infidelidades.

Satisface á Dios por su inmodestia, uniendo á la oscuridad de su retiro la pureza de su exterior.

MUJERES DISOLUTAS.—La pobreza que las sumerge en el pecado exige, que se las asista.

La ocasión que dan al pecado exige, que vivan retiradas.

El amor violento que conservan al pecado en medio del retiro, hace necesario su castigo.

MUJERES DISOLUTAS.—Las mujeres que conocen y se rozan con las disolutas, merecen ser abandonadas de Dios, aún cuando no tuviesen el deseo de imitarlas, porque su compañía es contagiosa.

Los hombres que las escuchan y que las protegen, abusan de la autoridad que Dios les ha conferido, porque son los protectores de la impureza.

MUJERES DESHONRADAS.—Si la violencia que se ha ejercido con ellas ha sido una violencia invencible, debe honrárselas como mujeres fuertes, porque su voluntad ha sido victoriosa.

Si la esperanza ó el temor ha arrancado su consentimiento, debe deplorarse su desgracia al saber su triste humillación.

Si han sido bastante desgraciadas para haber contribuido á su infamia, se les debe una reparación, ó por el cumplimiento de promesas legítimas, ó por una penitencia ejemplar.

MUJERES (FRECUENTE ROCE CON).—Hay peligro en la familiaridad que se tiene con las mujeres, aunque sean parientes.

Hay peligro en la necesidad que hay de instruir las, aunque sean devotas.

Hay peligro en la obligación en que estamos de visitarlas, aunque estén enfermas.

MUJER, SU APOSTOLADO; véase: APOSTOLADO DE LA MUJER CATÓLICA